

El cochero de sitio es un ente raro, excepcional, inclasificable, que nos hace dudar muchas veces de su identidad con la raza humana. Esta duda viene apoyada en un principio de la historia natural, y es que un parásito es inferior en la escala viviente al ser que lo sostiene. Conociamos al *cryptógamo* en la planta, al *epizoario* del hombre, y la regla no había fallado; pero que el hombre fuese á su vez parásito solo en el cochero lo hemos visto, porque en efecto, perdió casi sus cualidades de hombre, y se unió á su coche como la uña al dedo, y helo ahí que vive con él, por él, en él, y sobre de él. ¡Cuántos maridos quisieran vivir con sus mitades en la union y armonía con que viven un coche y su cochero, y no con las relaciones que existen entre el látigo y las mulas! ¿Pero de dónde viene, preguntará el lector ese hombre prodigioso? ¿cuál es su origen y cuál su procedencia?—Pregunta difícil en verdad de responder, porque un cochero para serlo no necesita haber nacido así ó de aquel modo: id y preguntadle y ni él mismo lo sabrá acaso. Venido de Guanajuato ó Guadalajara, nacido en la capital en un pobre cuarto vecino á una cochera, su origen importa poco. El llegó al rango que ocupa sin saber cómo, y allí está hoy en su coche para servir al público. Sin embargo, si el lector viere alguna vez á un chico semi desnudo, lleno de lodo y estiercol, quemado con el sol y rodando entre las ruedas del coche en receso, revolcándose entre el estiércol y la paja ó jugando entre las patas de las mulas; al ver ese vástago negro y redondo del cochero puedes ver en aquel pimpollo un sucesor de su padre, un cochero inteligente y *busca vidas*. Mira si te engañaste: tiene ese chico siete años y ya sabe poner á la mula un bocado, enganchar, desencuartar y abrir y cerrar la portezuela. Se ha hecho el accesorio necesario del cochero; es el pretendiente del *sota*, y como tal viene en el pescante junto al padre ó al padrino que lo inicia en la profesion: tiene ya alguna cosa á su cargo, humedece las ruedas del carruaje, limpia y alza las guarniciones, da pienso ó agua á los animales, y cuida en fin del aseo y arreglo de cuadras y cocheras. Pronto asciende por sus servicios á *sota*, y entonces comienza sus viajes á Puebla y á la feria, montado en las *guias*, cuidando que no falte sebo en los ejes, que no se descomponga la carga, que no escasen las provisiones en la posada para su caporal, para sus machos y para él. Al fin de tantas fatigas obtiene su premio y asciende á cochero. Este es el hombre tal como lo necesitamos, tal como lo vamos á pintar.

Son las seis y media de la mañana y ya está nuestro personaje cantando con voz ronca y desentonada; alza las mangas de su camisa y en la pileta donde beben agua sus bestias se lava la cara y los brazos: ciñe á su pierna la alta y gruesa bota de cuero, se pone la chaqueta de lienzo si es verano, y de paño azul viejo si es invierno, se encasqueta el ancho sombrero forrado de hule, pasa por su muñeca la correa de su cuarta, monta en la mula de mano y se dirige al sitio.

Coloca allí su coche junto á otros y va á presentarse al administrador; concluido esto solo tiene que esperar el bien de Dios, es decir, un viejo gotoso para conducirlo á su oficina, ó á un reverendo padre que tiene que ir á confesar á quince monjas en distintos conventos, ó (y es lo mas grato para nuestro tipo) llevar á la *Villa*, á *Chapultepec* ó á cualquiera otro sitio de recreo, inmediato á la capital, á una pareja de jóvenes enamorados. Porque el *amor*, preciso es decirlo, es la cucaña del cochero: y no porque el cochero se enamore, sino porque sabe imponerle á Cupido cuando lo tiene á mano una contribucion forzosa, y que en casos posibles escude de lo racional. El cochero ha encontrado en el amor su lado positivo, y en esto se asemeja mucho á las mujeres: lo considera como un tercer animal sin el cual su coche no marcharía ni su caudal subiría, cosa en la que tambien se asemeja á la mujer.

En efecto: ¿cómo no gratificar bien al cochero que ha tenido la condescendencia de conducir á esos dos pichoncitos por calles escusadas, para evitar las miradas de los curiosos ó parientes, ó conocidos? ¿cómo no merecerá una buena propina cuando con tanta esactitud y precaucion ha conducido á una chica al lugar donde la espera su *adjunto*? Y si da el cochero las señas de la casa á donde condujo á cierta niña; si cuenta á un interesado cuanto duró en tal visita aquella otra; si hace mil servicios como estos ó mas importantes que estos, entonces el interés crece de punto y llueven monedas sobre el cochero como fuego en otros tiempos sobre los habitantes de Sodoma y de Gomorra.

Lástima que no solo proteja al amor platónico y espiritual sino que comercie con el amor. . . . ¿cómo diremos? vaya con el amor material, que es lo mas pulcro. En este ramo el cochero tiene rasgos que debían borrarse con fuego; mas por fortuna esa degradacion, ese cinismo y esa inmoralidad no son tan comunes: ademas, como los crímenes y las maldades no forman al tipo, nosotros las hacemos á un lado, y con placer sin duda.

Pero llega la una de la tarde y el cochero dirige su coche á la carrocera porque es hora de comer y de remudar; remudar, cosa necesaria, indispensable, porque aquellos dos desgraciados animales ya no tienen fuerzas ni para *arrastrar su vida*, mucho menos aquella pesada mole. Comerá bien ó mal nuestro hombre; comerán tambien las mulas mal (que es lo mas seguro): nada de esto nos importa, y solo tenemos que decir que al dar las tres de la tarde va la descomunal cónyuge á despertar al cochero, que boca arriba, con los brazos tendidos y la cabeza sobre la copa del sombrero, á guisa de almohada, duerme á pierna suelta y roncando con ese ruido semejante al que forma la misma tempestad, que por fortuna del cochero se anuncia en aquella hora.

—Hijo. . . hijo, despierta que Dios te ayuda.

—¿Qué cosa?